

Contralmirante

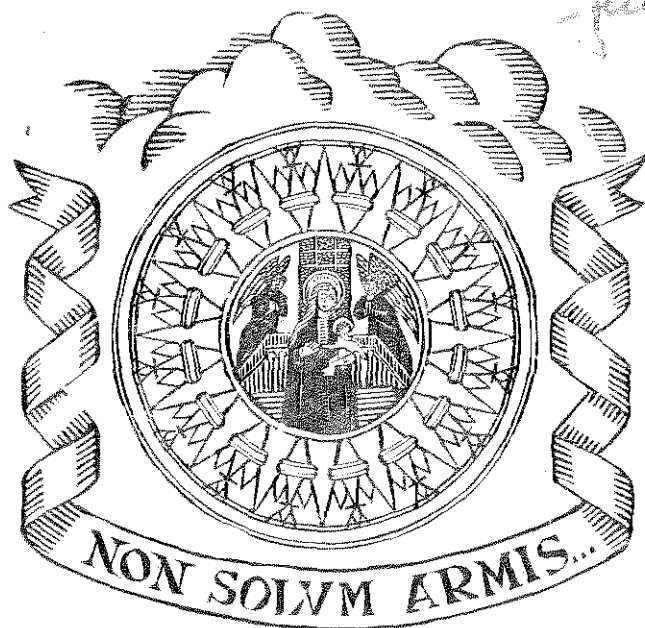
JULIO F. GUILLEN

Secretario Perpetuo de la Real Academia de la Historia

LA INDEPENDENCIA DEL PLATA EN LOS PAPELES DEL ARCHIVO DE MARINA

*Al Servicio Histórico del
E.M. muy cordialmente*

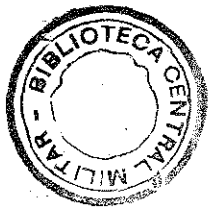
Julio Guillén



INSTITUTO HISTÓRICO DE MARINA
MADRID
1960

R. 358-16

LA INDEPENDENCIA DEL PLATA EN LOS PAPELES DEL ARCHIVO DE MARINA^(*)



N cierta Reunión Panamericana de consulta de Historia y Geografía en la que tuve el honor de ser el único europeo asistente, se puso de manifiesto la extrañeza que causaba el que en España los historiadores dedicasen tan pocos trabajos al tema de la emancipación de nuestras antiguas provincias ultramarinas.

Repliqué que en ello no había, ni podía haber, repugnancia alguna, pues que la historia patria no comprende tan sólo lo venturoso, aunque con el rodar del tiempo, lo in-

fausto de entonces, por muchas consideraciones, puede incluirse entre nuestros fastos en su glorioso final, único en la Historia, de haber alumbrado veinte naciones, ramas floridas y entrañables del viejo tronco hispano.

Manifesté, asimismo, el inagotable filón de temas que ofrecen en más de tres siglos de período virreinal las apasionantes actividades españolas en punto a descubrimientos, penetración —que no todo fué conquista—, gobierno, esfuerzo misional y colonización del que fué nuestro vastísimo imperio allende los mares, más que suficientes para acaparar la inclinación de miles y miles de estudiosos.

También puse de manifiesto que para nuestra mentalidad de viejo país hidalgo y deseoso de cordial entendimiento, no constituye un estímulo, precisamente, el sacar a relucir momentos de fricción y lucha que a la póstre pudieran empañar un afecto que hemos sabido preferir a romper lanzas por una verdad histórica que desbaratase la artificiosa y consabida *versión tradicional*, que no benefició ni beneficia sino a los países europeos tradicionalmente gustosos de pescar en el río revuelto de la Historia.

Pero, muy especialmente, hube de insistir en que, pecando nuestros archivos de incompletos en materia tan local como la de la independencia, nuestros trabajos, sin fuentes americanas, están abocados de antemano al fracaso, y esta falta de material criollo imprescindible para contrapesar el nuestro, era lo que seguramente nos investía a los historiadores españoles de esa apa-

(*) Discurso leído en la sesión conmemorativa de la Independencia de la República Argentina en la Real Academia de la Historia, con asistencia del Embajador argentino, General Víctor D'Andrea.

rente desgana hacia la crónica de los últimos años de la presencia física de España en las tierras del Nuevo Mundo; supuesta falta de inclinación desmentida rotundamente cuando en 1947 se organizó, aquí en Madrid, el Primer Congreso Hispanoamericano de Historia, cuyo tema fué precisamente el de la Independencia, y cuyo principal resultado, después de más de un siglo de versiones tendenciosas y envenenadas, fué el de comprobar que era posible el diálogo sincero y cordial, ya lejana aquella época de detractores que, al decir del inolvidable Pereyra, *lo que el antepasado del criollo o del mestizo ejecutó antes del año que glorifican las conmemoraciones de la Independencia, se llamaba crimen español.*

Mas esta falta de fuentes completas nos forzarán siempre —porque el “microfilm” no podrá suplir nunca la investigación directa—, nos obligará, repito, a estudiar lo que sin viajes, nada fáciles, se nos ofrece en su posible integridad.

Por ello, de fijo, que nuestro compañero Fernández Almagro, al elegir un tema americanista para tomar posesión de su medalla académica leyó en esta misma sala un trabajo unilateral bien explícito en su título de *La emancipación de América y su reflejo en la conciencia española.*

Y por eso yo, al recibir el encargo de llevar la voz de la Real Academia en este acto conmemorativo, voy a discurrir, como ya sabéis, situándome en un ángulo particular para poder enfocar el asunto desde un punto de vista que, además de ser fundamental en un proceso bélico ultramarino, me permite apurar su enunciado hasta agotarlo, si hubiera tiempo para ello, sin ni siquiera moverme de mi mesa en el centro que dirijo.



Es creencia general de quienes comienzan a investigar, que nuestro sin par Archivo General de Indias contiene cuanto papel poseemos respecto a ellas; mas por ser tan sólo guardador de aquellos que originaron los asuntos que entendió el Consejo de Indias, bien se echa de ver que los que afectaron privativamente a otros ramos de la Administración contienen fondos americanistas de suma importancia que sería imprudente desconocer, como lo han sido hasta hace muy poco los de éste de Marina.

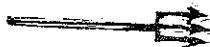
En la Independencia del Plata, pues en lo marítimo y aun en lo político no pueden estudiarse aisladamente las de Buenos Aires y Montevideo, además, casi la totalidad de nuestros personajes fueron marinos; entre los *realistas*: Liniers, imprescindible para iniciar el ciclo; Hidalgo de Cisneros, que presidió el estallido; y Salazar —el formidable Salazar—, que ya comienza a aparecer en trabajos como figura eminente de nuestro campo, en el desenlace inevitable que predijo y que sólo él supo aplazar; con respecto al campo *patriota* no puede olvidarse que Irigoyen, Lynch, Zapiola, Guruchaga, Blanco Encalada y Warnes fueron asimismo Oficiales de nuestra Real Armada, y aun que Alvear era hijo de un Brigadier de ella; las noticias particulares que de todos éstos guardan los papeles de Marina ofrecen datos que ayudan a perfilar no pocas de sus actividades.

Pero si consideramos que existe una jurisdicción privativa de Marina —y entonces con fuero atractivo— que entendió de juicios sumarios, y también de purificaciones de prisioneros y pasajeros, se comprenderá —aun sin tener en cuenta el volumen de datos que arroja lo puramente militar de la insurrección porteña— la interesantísima y copiosa documentación que puede estudiarse, afectando incluso a los acaecimientos ocurridos muy tierra adentro en los diez o doce primeros años de vida de la revolución triunfante, que los repatriados tuvieron que relatar a sus respectivos jueces para justificar su comportamiento.

Parece ser que no están de acuerdo aún los historiadores respecto a las causas de la emancipación de la América española, desechadas ya muchas de las patrañas que corrieron en letra de molde y a las que el P. Furlong fulminó certeramente en su reciente *Historia de la Filosofía en el Río de la Plata*; absurdos nacidos allende y aun aquende la mar, ya que los españoles gustamos más de la cuenta en tirar piedras a nuestro propio tejado, pues hasta en las mismísimas Cortes de Cádiz nacieron no pocos de aquéllos por el doctrinarismo sectario de muchos de sus diputados.

Buena prueba es aquel que convirtieron en ley al derogar la prohibición —naturalmente inexistente— de cultivar en América la viña y el olivo, haciéndose indignado eco de la denuncia de cierto representante que resultó ser propietario de varias almazaras en Tocabaya.

Economistas, sociólogos, políticos y filósofos, espigando por el campo de la Historia, siguen abogando por causas de sus respectivas disciplinas; ello me releva a mí —ignorante de ellas— de meterme en cercado ajeno, y puedo reducir mi discurso a relatar lo ocurrido en el Plata como lo hubiera podido comentar el entonces Jefe del Archivo del Ministerio.



En lo que están conformes los historiadores americanos es en considerar como focos de reacción realista Montevideo, Puerto Cabello, Veracruz y El Callao.

Debo de apostillar, para comenzar, que el que todas estas plazas fuesen sedes de apostaderos de Marina no es pura casualidad; los Oficiales de la Armada, en efecto, por razón de la gran movilidad de su profesión y sus contactos con la Península, estaban más vinculados físicamente a la que ya denominaban los americanos Madre Patria y, por consiguiente, su modo de pensar tenía que ser análogo a los de Cádiz o del Ferrol respecto a obedecer a la Junta Central de Sevilla, como después a la Regencia. Aunque la larga estancia de las escuadras de Gravina y Mazarredo en Brest por los primeros años del siglo tuviera alguna influencia en las cámaras de los buques según lo manifiesta Alcalá Galiano, la Real Armada, en su abrumadora mayoría, continuó fiel a sus esencias tradicionales, aunque de continuo amenazadas por injerencias masónicas y propagandas extrañas, cuando las melenas de *ala de pichón* iban desterrando a la empolvada peluca y el fraque a la casaca.

Se ha dicho que estaba vedado a los criollos el ingresar en la Real Armada; no es cierto. La lista de los americanos que lograron la bandolera de Ca-

ballero Guardia Marina es numerosa (1); pero baste decir que, incluso en aquel régimen aristocrático que exigía inexorablemente pruebas de hidalguía en los cuatro apellidos, sólo hubo una excepción y, precisamente, a favor de un americano: Don Vicente Inca Yupangui, de Lima, *por su notoria nobleza —expresaba la R. O.— al ser descendiente de los reyes incas*, caso digno de mención por lo desconocido, como por lo singular. No en todos los marinos, criollos o de aquí, coincidió su naturaleza con lo que en uno u otro bando consideraron lealtad. En la confusión hubo peninsulares partidarios de tal o cual Junta, local de allá, y americanos que obedecieron a la Central; así, en el Plata, figuró entre aquéllos el gaditano Jefe de Escuadra Ruiz de Huidobro, y entre éstos el venezolano Michelena, que incluso bombardeó Buenos Aires, en donde vivían su mujer e hijos, mientras el nada sospechoso, también Capitán de Fragata, Primo de Rivera se negó a ello porque su conciencia no le permitió disparar contra compatriotas.

El caso de estos Michelenas, cuatro hermanos marinos, es por demás curioso; venezolanos, todos fueron realistas y pelearon contra los *patriotas* por México, Tierra Firme, el Plata, Chile y Perú; es decir, por todo el amplio teatro de la insurrección; y al terminar la guerra, solamente entonces, uno regresó a la Península, dos se naturalizaron colombianos, y el otro se hizo chileno; lo que demuestra que el proceso de la evolución de las conciencias —naturalmente, fuera de las Juntas y de su ámbito más íntimo— debió ser harto más complicado de lo que se cree.

El que los Guardias Marinas Blanco Encalada y Warnes, ambos argentinos, terminasen respectivamente de almirante y general chilenos, demuestra asimismo que muchas veces superó el sentimiento continental o americano al particular de la propia patria.

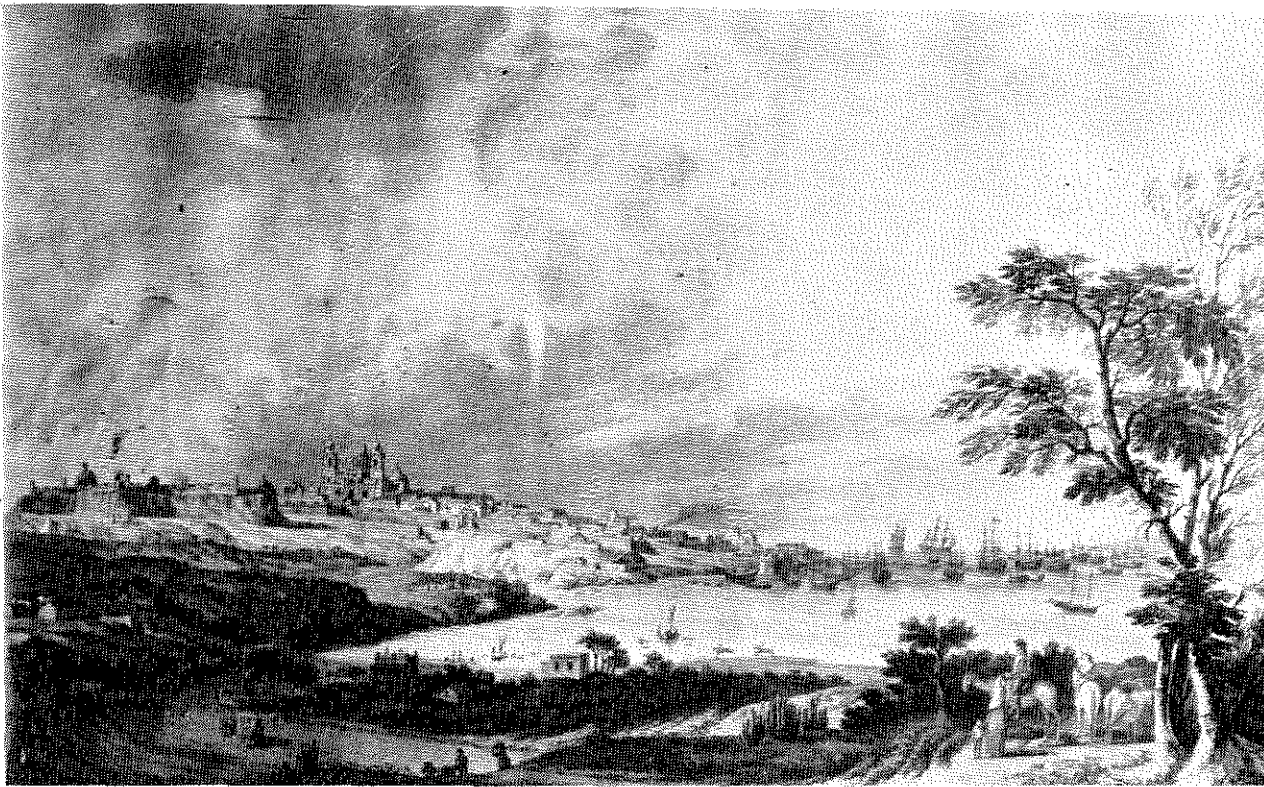


Con motivo de la expulsión de los ingleses establecidos indebidamente entonces, como ahora, en las Malvinas, se fundó en 1769 una armadilla en Montevideo, puerto que fué considerado desde el primer momento como base de apoyo para toda campaña por las costas patagónicas, y cuyo Jefe se denominó Comandante de Bajelos del Plata, más tarde Comandante de Marina o del Apostadero, al originarse éste en 1781.

La capital marítima residía, pues, en la banda oriental, llave del río apetecida siempre por Portugal, como por el contrabando: comercio ilícito que en gran escala practicaban los ingleses, favorecidos por esa quinta columna de comerciantes —peninsulares y criollos— que tanta influencia tuvieron en la emancipación del Plata, mientras la del Virreinato y, por consiguiente, la militar residía en Buenos Aires.

La elección de Montevideo no fué caprichosa, porque desde allí se defendía mejor la entrada del enorme estuario del antiguo río de Solís y, además, su puerto era más limpio y abordable que el de Buenos Aires.

En esta elección que exigieron el pilotaje y la estrategia radicó el origen de una rivalidad entre Buenos Aires y Montevideo que tendría consecuencias



Vista de Montevideo.

Brambila, 1789.

Museo Naval.

fundamentales en cuantos sucesos acontecieron en el Plata; división, que sin embargo, favoreció a las respectivas nacionalidades como a los levantamientos que se fueron produciendo.

En 1794 se creó en Buenos Aires el Real Consulado de Comercio, cuyo activísimo Secretario fué D. Manuel Belgrano, recién llegado a la Península, en donde cursó la licenciatura de Derecho; esta Corporación, además de las obligaciones y jurisdicción de sus similares respecto al fomento de la agricultura, ingenios, caminos, cultura y manufacturas, tenía la especial de *limpiar y mantener limpio el puerto de Montevideo, y construir en sitio proporcionado un muelle o desembarcadero en Buenos Aires, donde puedan hacerse —expresaba la Real Cédula— las cargas y descargas sin riesgos ni averías y fraudes.*

Desde el primer momento el Consulado, puesto que el comercio era fundamentalmente marítimo, se orientó como los del litoral metropolitano a resolver los problemas y cosas de la mar; por consejo de un antiguo piloto, D. Juan Alzina, y siguiendo el parecer del Capitán de Navío Azara, a la sazón en Buenos Aires, camino de España tras de haber permanecido más de veinte años en el Paraguay, creó una Escuela de Náutica, pretendiendo funcionarase como las de La Coruña, Alicante o Bilbao, y que comenzó a funcionar a fines de 1799, dando lugar al primer choque serio con la autoridad de Marina, que la mandó clausurar, y que algunos historiadores aprovecharon para justificar el tópico del pretendido *oscurantismo* que impuso la metrópoli durante el período virreinal a sus provincias americanas.

Esa *incultura celosamente procurada por España*, según la "crónica negra", en una de sus infinitas patrañas, combatida por el argentino Carbia, o la

*larga siesta que caracterizó al período hispano, según otra, cuando fué precisamente —según el también argentino Ugolotti proclamó en el *simposium* de Lima de 1957— la cultura general y en especial la de las clases selectas la que, si no causó la Independencia, la organizó y la llevó adelante con habilidad.*

La medida, sin embargo, era lógica; la enseñanza de la profesión náutica caía por completo dentro de la jurisdicción de Marina, única capacitada, además, para expedir títulos de Pilotos y de Capitanes; y ante este caso de auténtico intrusismo, establecido sin el más leve conocimiento del Comandante del Apostadero, D. José Bustamante, hubo de suspender por desafuero tan ilegítima decisión del Consulado, medida que aprobó la Corte y que fomentó las diferencias, suspicacias y celos entre los de Montevideo y Buenos Aires, asegurando algunos que existía una rivalidad solapada de Bustamante con el Consulado, tan sin fundamento como el concepto de *enemigo poco noble* que algunos le achacaron.

La institución Consular prosiguió cuidando con atinada atención los asuntos marítimos, y así, con motivo de la guerra contra Inglaterra, Belgrano, ante lo que sufría el comercio, creó una pequeña marina corsaria en el Plata, amparada en las Ordenanzas de Corso de 1801, medida certera que acabó con las depredaciones que causaban los portugueses aliados del enemigo, y que fué el precedente de la vigorosa campaña que Puyrredón organizó en 1815, y que incluso llegó a nuestras aguas del Mediterráneo.

Entre algunas más dió lugar en 1801 a una acción muy sonada por lo brillante y empeñada: el combate del bergantín del Consulado *San Francisco Javier*, su capitán Egaña, que consiguió tomar al abordaje a dos contrarios, y que fué la primera acción naval de fuerzas porteñas, y de donde arrancará una acertada tradición muy vinculada a la campaña argentina de emancipación.

Las fuerzas marítimas de armadilla en Montevideo se habían reforzado un tanto, y para la defensa se organizó una escuadrilla de lanchas cañoneras por el estilo de las que ideó Mazarredo para tener en Cádiz a raya al inglés.

La mandó el Capitán de Fragata D. Santiago Liniers, sobre quien ha escrito un historiador argentino: *Muchos caminos de nuestra historia conducen a una figura: la de Liniers; sobre todo, y obligadamente, cuando se consideran los instantes revolucionarios y aquellos que los anteceden.*

No era Liniers, como muchos han creído, *un francés al servicio de España*, con lo que puede aparecer con ribetes de simple mercenario. Marineros franceses peleando bajo nuestras banderas hubo muchas docenas (2), tanto de la escuadra del Almirante Marqués de la Rivière, que se pasó a la nuestra por las Antillas al repudiar la revolución que decapitó a su Rey, como muchos otros que emigraron con ansias de combatir el régimen de terror de sus país, sin contar con los que salvó la escuadra de Lángara en la evacuación de Tolón, cercada por los republicanos en aquel sitio en donde comenzó a lucir el genio de Napoleón.

Que yo sepa, excepto uno, todos fueron leales; no faltaron a su palabra: empeñada y muchos murieron en las cubiertas de nuestros buques como auténticos españoles; algunos pelearon en nuestra guerra de la Independencia contra el invasor, y otros, incluso quedaron vinculados definitivamente al destino de España: ejemplo de esto fué el Marqués Duquesne, nieto del glorioso Almiran-

te francés, familia cuya actual naturaleza habanera tiene el remoto origen de esta acrisolada lealtad monárquica, luciendo nuestro *botón de ancla*.

Liniers era caballero de Malta; comenzó a servir en los buques de la Religión y más adelante sentó plaza en nuestra Real Compañía de Caballeros Guardias Marinas.

Que era esta escuela uno de los establecimientos militares docentes de Europa más prestigioso lo prueba el que Pedro el Grande mandó a Cádiz para cursar la carrera en ella a veinte jóvenes que constituyeron el primer plantel de Oficiales de la entonces naciente Armada Imperial Rusa (3).

La nobleza católica de algunos países envió a muchos de sus hijos, que, amén de lucido uniforme y brillante profesión, encontraron en la Real Compañía el *estímulo para adquirir la virtud, las ciencias y la gloria*, según escribió su fundador Patiño para noticia del Rey.

Liniers, como otros compatriotas suyos, escoceses, irlandeses, sin fin de italianos, y hasta algún inglés auténtico (4), fué de éstos. Como Gravina, que nació en Palermo, tengo por casi seguro que no volvió a pisar su suelo natal y jamás desmintió su nueva naturaleza española por la que sacrificaría su vida.

Su último y definitivo biógrafo, el profesor argentino Dr. Ortega, lo retrata así: *sensible, soñador, impresionable y vivaz; de infancia feliz, adolescencia esforzada, juventud combativa y soñadora, madurez trágica y difícil*



Va a aparecer ahora y en alta mar otro personaje fundamental en la historia política argentina.

En plena paz, por febrero de 1804, salió de Montevideo una escuadra compuesta de cuatro fragatas; transportaban unos cinco millones de duros del caudal del Rey y de particulares; la mandaba Bustamante, hasta entonces Gobernador Político Militar de la plaza, con retención del Apostadero, paladín durante su gestión de una mayor autonomía operativa en la defensa marítima del Plata, por haber creado muchas dificultades la dependencia directa del Virrey.

Aprovechando su viaje a España embarcó con su mujer y ocho hijos, todos criollos, el Capitán de Navío D. Diego de Alvear y Ponce de León, distinguido Oficial que desde 1777 estaba en América y desde 1783, destinado en la Comisión de límites, durante la cual añadió a los cinco idiomas que poseía el conocimiento perfecto del tupí y del guaraní.

Con los suyos embarcó primeramente en la *Mercedes*; pero, por fallecer el Jefe de Estado Mayor y no querer ser ocioso pasajero, consiguió desempeñar este puesto transbordando a la *Medea* con sólo uno de sus hijos, cadete de Dragones de Buenos Aires, circunstancia que resultó verdaderamente providencial para la historia argentina.

En efecto, a la vista de las costas españolas, por el Cabo de Santa María, a pesar de no estar en guerra, una escuadra inglesa les salió al encuentro pre-



Vista de Buenos Aires.

Brambila, 1789.

Museo Naval.

tendiendo detenerlas y llevarlas a Inglaterra, por lo que hubo de romperse el fuego y sostenerse un empeñado combate en el que voló sin dejar rastro la *Mercedes*, desapareciendo toda la familia de Alvear, que en aquel momento quedó reducida a su hijo Carlos, más adelante prócer y general argentino, y de quien dijo Bolívar... *que sin la Revolución de 1815, quizá ni San Martín ni yo hubiéramos figurado en primera línea en las guerras de la Independencia.*

Prisionero con su padre en Inglaterra, permaneció en ella varios años, adquiriendo amistades que también favorecían a sus futuros ideales.



Hacía tiempo que Inglaterra pensaba en el Plata, excelente llave de la penetración en aquella ubérrima región americana, cuyo clima, idéntico al mejor de Europa, y su enorme extensión prometían seguro florecimiento.

Ya en 1739 se publicó en Londres un *Proyecto para humillar a España*, en el que su autor proponía la conquista de Buenos Aires por 2.500 hombres, *convencido de que no se defenderá, o a lo sumo lo hará muy débilmente*, y aseguraba, inspirado tal vez por los manes de Drake y de Hawkins, que hicieron grande a su patria, ser cosa fácil, ... *pues si sólo propusiera el saqueo —decía— no dudo se podría hacer con sólo 400 filibusteros.*

En 1806, el Almirante Popham, que acababa de conquistar la colonia holandesa del Cabo, debió de opinar lo mismo, conocedor asimismo de que el Virrey, Marqués de Sobremonte, no era persona de grandes dotes y arrestos, y después de un amago, consiguió poner en tierra 1.600 hombres, al mando

del General Beresford, quien sin esfuerzo alguno —huído vergonzosamente el Virrey para salvar sus caudales— logró la capitulación de Buenos Aires; mas como la ciudad sin sus arcas no era suficiente golosina, consiguió asimismo que aunque ajenos a la capitulación se depositaran aquéllos en la del Cabildo mientras decidieran de mutuo acuerdo los gobiernos de Madrid y Londres; aunque los dineros —como un millón y medio de duros— se embarcaron en la fragata *Narcisus*, que los llevó a su país con merma del casi todo el pico del medio millón, que se esfumó entre los conquistadores ingleses, haciendo honor a compatriotas suyos en aguas americanas.

Liniers y su pequeña fuerza, que no intervino en la rendición, marchó a Montevideo, en donde Ruiz de Huidobro organizaba una expedición de socorro a Buenos Aires y cuyo mando le confirió, secundado por el Capitán de Fragata D. Juan Gutiérrez de la Concha.

Era este último hidrógrafo brillante, cuyos trabajos cartográficos por las costas patagónicas, siendo segundo Comandante de la corbeta *Atrevida*, de la expedición de Malaspina, recuerdan aún los marinos argentinos; había pertenecido a las partidas de Límites; desde 1804 mandaba el pequeño Apostadero de Barragán, y estaba casado con una porteña, hermana del Teniente de Fragata Matías de Irigoyen.

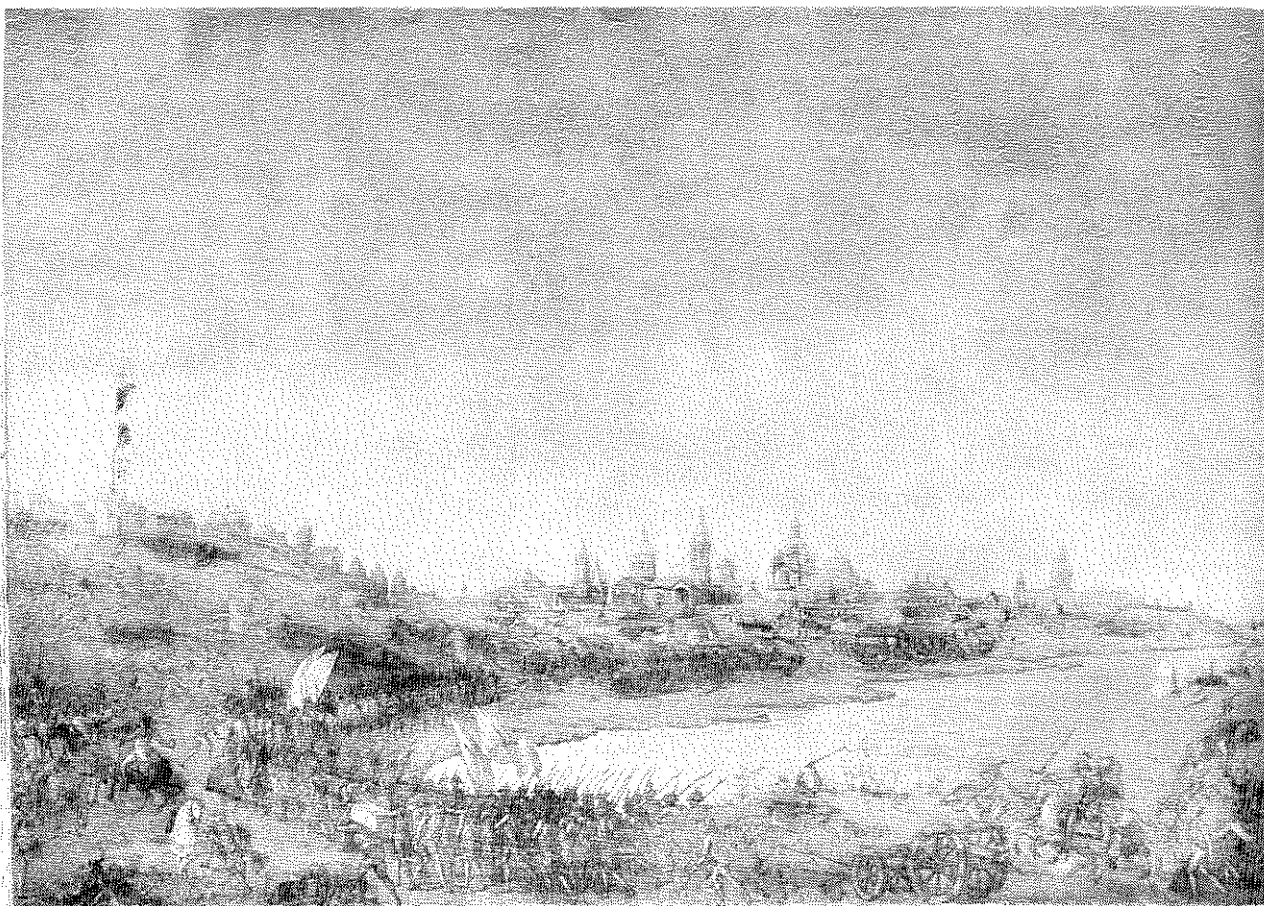
En los primeros días de agosto lograron desembarcar unos 1.500 hombres, dirigiéndose a la plaza, aumentando continuamente su gente, y en tres columnas, mandadas, respectivamente, por Liniers, Concha y el Teniente de Navío D. Juan Angel Michelena. Destrozaron con tanto brío la primera posición de ingleses, que éstos se encerraron en tropel en la fortaleza que dominaba la rada, en donde hoy se alza la Casa Rosada, a la que emboca esa calle tan grata a los españoles que es la actual Avenida de Mayo, por donde hace unos días desfilaron nuestros Guardias Marinas y la marinería del crucero *Canarias*.

Beresford hubo de rendirse sin condiciones, pero consiguió de la bondadosa caballerosidad de Liniers un documento con fecha atrasada en el que se simulaba una honrosa capitulación con la que pudiese defenderse ante un consejo de guerra, que el inglés, con pérdida de su honor, quiso hacer valer después y que costó algún disgusto a Liniers, cuya debilidad de carácter cuando se apelaba a su natural hidalgo tan fatal le sería en adelante.

Seguramente, cuatro años más tarde, al morir, recordaría esta proclama suya a la tropa antes de atacar al inglés:

Si llegamos a vencer, acordaos, soldados, de que la costumbre de la nación española es reñir con intrepidez y triunfar con humanidad; el enemigo vencido es nuestro hermano, y la religión y la generosidad de todo buen español hacen naturales estos principios, que tendría rubor de encarecerlos ... y si se deben castigar algunos traidores, vivan seguros que lo serán ejecutivamente por las autoridades constituidas ...

El Comodoro Popham se encaminó a Montevideo, que bombardeó unas horas, y después desembarcó en Maldonado 1.000 hombres de refuerzo que había recibido; atacó a éstos una columna de 400 mandada por el Teniente



Los ingleses atacan Buenos Aires y son rechazados. 1807.

Grabado.

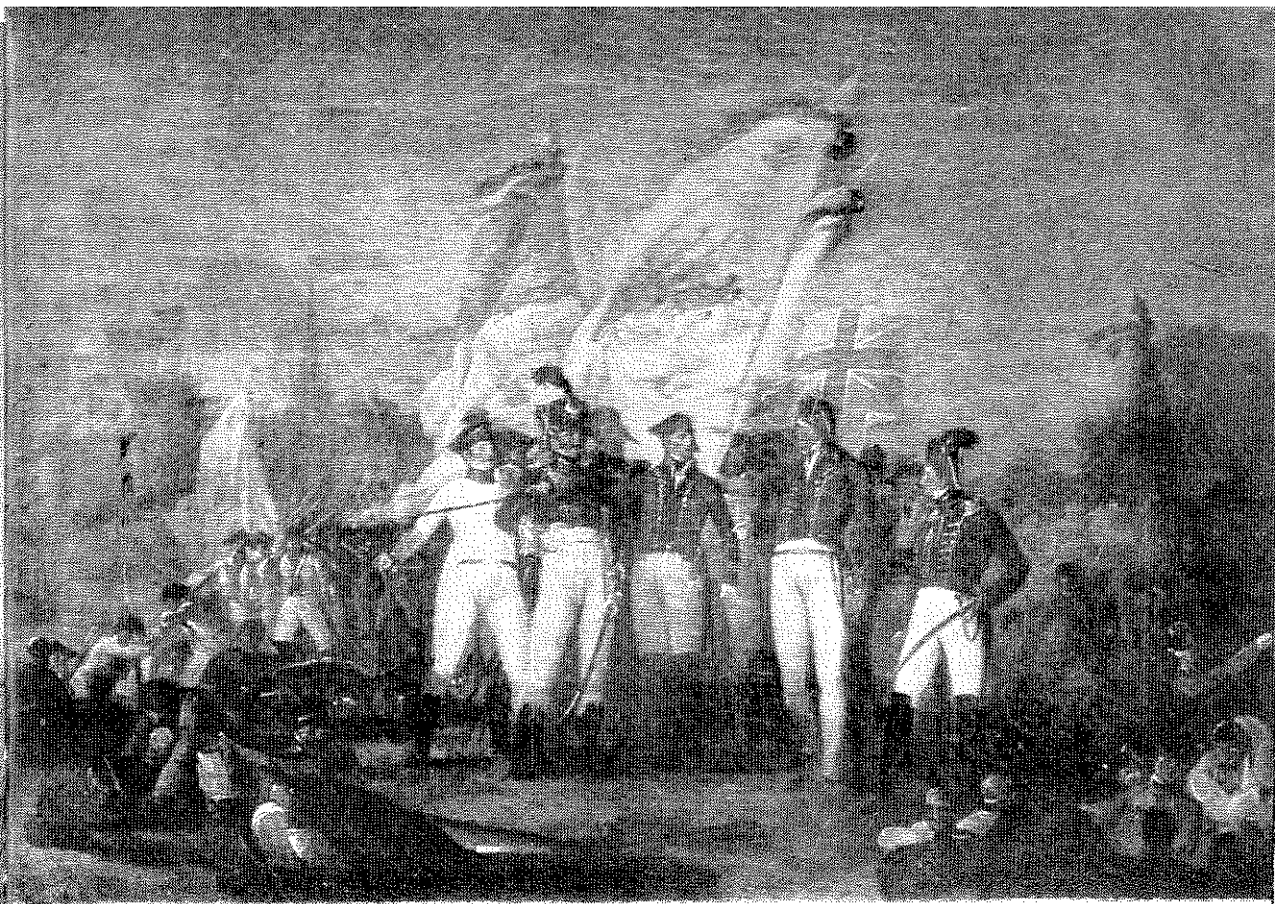
Museo Naval.

de Fragata Abreu, que murió en la acción, aunque consiguiendo frenar los progresos del enemigo hacia aquella ciudad.

En los primeros días del año siguiente de 1807 llegaron al Plata considerables refuerzos ingleses que no cejaban en conseguir un Gibraltar en aguas porteñas, comenzando por sitiar a Montevideo, que Sobremonte con nueva huida y buena escolta dejó indefensa y hasta estorbó ignominiosamente el socorro que desde Buenos Aires llevaron los infatigables Liniers, Concha y Michelena. El 2 de febrero, tras una lucha a la desesperada al arma blanca, entraron los ingleses en Montevideo asaltando la brecha abierta, y con pérdida de más de 800 de los nuestros, quedaron dueños de la plaza haciendo prisioneros al Gobernador Huidobro y a los 600 soldados y marineros supervivientes.

Una de las cuestiones que hay que tener muy en cuenta —porque sin ellas parece juego de despropósitos— es la de las fechas, ya que las noticias tardaban en llegar bastante; algunos expedientes distan semanas y aun meses de la fecha real, otros resuelven asuntos incluso de años atrás, porque no en balde la burocracia andaba por en medio.

Así no es de extrañar que después de perdido Montevideo arribase al Plata la Real Orden de 24 de febrero de 1807, por la que se ascendía a Liniers al grado de Brigadier, encargando a Huidobro, que estaba ya prisionero, del



Rendición de las fuerzas inglesas a Liniers.

Oleo anónimo.

Arch. fot. del Mus. Naval.

mando interino de aquellas provincias, y como primera providencia ordenaba el arrestar a Sobremonte y la confiscación de sus bienes.

Quedó, pues, Liniers a la cabeza del Virreinato, y estimulando al Cabildo de Buenos Aires previno y organizó la defensa de la ciudad, de tal modo que cuando el general inglés Withelocke atacó, con cerca de 9.000 hombres y 18 cañones, la capital portefía, aunque con escasas fuerzas, era muy otra de la del tiempo del inepto y cobarde Sobremonte.

Atacó el enemigo con éxito inicial; después aniquiló la posición del Retiro, junto a la plaza de toros, que defendía Concha; pero cuando se adentró el inglés por la ciudad fué copado por Liniers y el General Elío, que lo hicieron capitular, incluyendo en las estipulaciones el abandono de la plaza de Montevideo.

Si para Liniers tuvo por consecuencias felices un nuevo ascenso, el título de Conde de Buenos Aires y el bastón interino de Virrey, su enorme y justa popularidad entre el estado llano terminaría siéndole fatal.

Como en Cartagena de Indias sesenta años antes, cuando Blas de Lezo derrotó a Vernon, la victoria contra los ingleses creó una nueva conciencia criolla acerca de su valer, e hizo crecer la influencia política de algunos colaboradores de Liniers, como Belgrano, Moreno —hijo de un Comisario de Marina— y Saavedra.

Esta justificada euforia debió ser tan vehemente que el Almirante inglés Heywood escribió en 1812:

... El desdichado fracaso de nuestra expedición contra esta plaza con una fuerza que ahora mismo resultaría suficiente para reducir la provincia entera... ha influido para elevar en ellos las más extravagantes ideas respecto a su valor...

Este impacto en la conciencia de su propio valer —al demostrar, según palabras de Liniers en su proclama, *la diferencia del valor entre un despreciable mercenario y un ciudadano libre*—, que tanto influiría más adelante en el pueblo argentino para poder aspirar a derroteros políticos autónomos, se debió, pues, como hemos visto, a la actitud enérgica y valerosa de nuestros Oficiales de Marina, y a ellos también, por consiguiente, el que heredase de nosotros la Argentina un solar limpio de huellas extranjeras.

Ya Pullen, Gobernador de las Bermudas, se dolía en escrito al Conde de Oxford el que en el Tratado de Utrech no se hubiera incluido un puerto en el Plata: *... Si hubiéramos podido persuadir a los españoles que nos entregasen sin limitaciones la posesión y los derechos sobre este noble río, habría sido una adquisición inestimable...*; “adquisición”, tan estimable y apetecida, que en 1807 se publicó en Londres un plano de Buenos Aires con el subtítulo de *Capital de las Colonias inglesas del Río de la Plata*.

“Adquisición” que Liniers, levantando al pueblo en masa, impidió se convirtiese en una Belice o en unas Malvinas, y que la República Argentina pueda celebrar hoy su centésimo quincuagésimo aniversario.



Ya tenían como Virrey al *Señor Libertador*, como se le denominaba, ídolo de todos, incluso del Cabildo, que le nombró Regidor Perpetuo para que se perpetuase en sus anales la memoria de un héroe a quien tanto le debía, y todos reconocieron fundadas aquellas palabras de Liniers: *... ¿qué no trabajaría yo en los once meses después de echar a los ingleses de Buenos Aires, para hacer guerrero a un pueblo de negociantes, labradores y ricos propietarios?*

Buenos Aires triunfaba de nuevo al sacudirse un Virrey inepto y logrando uno de su agrado. Mas, precisamente, estos comerciantes ricos deseaban algo más que pingües ganancias, control del mercado y —son todas palabras del argentino Ortega— *manejo de contrabando*. Todo ello estorbado por Liniers, que no apetecía el cargo, les movió a desprestigiar la institución virreinal para herirle de plano, rodeándole de intrigas, calumnias y complicaciones con un ansia de poder que, a la postre, los dolorosos acaecimientos de la Península harían desembocar en una revolución.



Don Santiago de Liniers y de Bremond.
De la Ilustración Española y Americana.

Fueron precisamente los peninsulares los que iniciaron la ofensiva, por la preferencia que Liniers demostraba a los criollos, pues temiendo éste una nueva invasión inglesa colmó de ascensos y premios a las milicias urbanas, cuya disolución pedían con turbios fines los españoles, y no consistió en licenciar a aquellos *voluntarios que han excedido a los cuerpos reglados, procedentes* —según escribía a Godoy— *de un pueblo generoso, que abandonando con la mayor constancia por el término de once meses su industria, su comercio y el regazo de sus casas, por dedicarse únicamente al manejo de las armas, ha sabido dejar bien puesto el honor de ellas...*

Considerado peligroso por el Cabildo, en el que tenía tenaces enemigos, rodeado de envidias por su popularidad y calumniado por aquellos a quienes sin proponérselo hería en sus intereses materiales, en cuanto llegó al Plata la noticia de la invasión de la Península por Napoleón, la campaña, hasta entonces sorda, arremetió ya descarada, tildándole —a él que fué siempre todo lealtad— no ya de afrancesado, sino de francés.

El mediocre Elío, en Montevideo, ganado por los enemigos, se separó de la obediencia de Liniers e incluso liberó al navarro Alzaga y a otros Regidores que éste había desterrado en Patagonia; llovieron sobre la Junta Central de la Península denuncias contra el Virrey, incluso acusándole de favorecer el comercio libre, y en el Plata el propio Elío inició contra él una guerra civil, preludio de la definitiva.

Las pasiones estaban tan desatadas que, cuando el Brigadier de la Armada D. Joaquín de Molina —futuro pacificador de Cuenca, Ecuador— llegó a la plaza, se puso de parte del vidrioso y desagradecido Gobernador Elío.

La piedra de toque de este estado de cosas la dió la fragata *Prueba*, que llevó a Montevideo a Ruiz de Huidobro, ya en libertad, para posesionarse del mando del Apostadero y cuyo Comandante se puso también enfrente de Liniers, y aunque había salido con dotación escogida, dió lugar a unos incidentes que revelaron ya plenamente la disidencia de Montevideo.

A partir de este momento —abril de 1809— los papeles de Marina constituyen una fuente extraordinaria de datos, poco manejados, para la crónica del Plata en los años siguientes.

La Junta Central, ante estos acontecimientos y disidencias, consideró las reiteradas dimisiones de Liniers y nombró Virrey al Teniente General de la Armada D. Baltasar Giménez de Cisneros, a quien decían *el Sordo* por haberlo quedado bastante, años antes, en el combate de Trafalgar.

No es casualidad el que fracasasen políticamente los Almirantes; lo que sucede es que, siendo por lo general todas las marinas ajenas a la política, y gozando asimismo de sólido prestigio, cuando se presentan situaciones poco menos que insolubles, sin personajes a mano a quienes poder confiar con esperanzas fundadas la nave del Estado, se recurre a uno de aquellos que, en realidad, pocas veces consigue ponerla a flote, porque toma el mando, precisamente, cuando por hacer tanta agua hasta las ratas la abandonan.

Recuérdese a nuestro Almirante Aznar en 1931, así como al francés Darlan, al alemán Doenitz, al japonés Barón Kantaro Suzuki, al húngaro Horthy... (5).



Oleo anónimo.

Don Baltasar Hidalgo de Cisneros y Latorre.

Museo Naval.

Ciertamente que nuestra Armada se envanece de haber dado excelentes virreyes como: Flórez, Ruiz de Apodaca, los Marqueses de Guirior y de Vega Florida (el que llevó a Mutis a Bogotá), Gil de Taboada y Berenguer de Marquina; pero Cisneros sería arrollado por esa ley fatal, porque la habilidad de los Almirantes para evitar naufragios políticos no pasa de ser una metáfora, y la realidad no entiende de ellas.

Arribó el nuevo Virrey en la fragata *Proserpina* mandada por un Jefe de excepcionales cualidades, el Capitán de Navío D. José María de Salazar, que debía de tomar el mando del Apostadero y el Gobierno Militar de la plaza.

Salazar acababa de realizar en Trieste una misión delicadísima, pues fondeó en aquel puerto para llevar al embajador ruso en circunstancias harto difíciles, ya que acababa de ser ocupada por el enemigo; en los días que permaneció demostró un tacto verdaderamente singular y en las cuatro cartas que escribió se manifestó maestro en la observación, sumamente agudo en apreciar la realidad y sus consecuencias.

Además de rectitud, lealtad, energía y entereza, no desmentiría Salazar aquellas dotes en sus numerosos escritos y hoy día —aun siendo muchos— los pocos conocidos le acreditan como una de las fuentes más interesantes para la crónica de los sucesos de la revolución de mayo; además ocupa el primer lugar —muerto Liniers— entre las personas que permanecieron leales a la Regencia.



Los papeles del Archivo, con sus escritos, aumentan su excepcional interés complementados por las noticias que traían a Cádiz los capitanes de correos y buques mercantes, porque Salazar no se limitó a comunicar asuntos militares, sino que su excelente perspicacia fué previendo los acontecimientos y calando el ambiente político, tan a maravilla y con tanta sinceridad, que la colección de sus despachos —algunos de ellos publicados en nuestro *Boletín*, por Pérez Bustamante— cobran interés de auténtica crónica.

El entusiasta recibimiento de Cisneros en Montevideo; la seguridad de que la Audiencia, el Cabildo y otros elementos de Buenos Aires —que no consiguieron de Liniers que desobedeciera y retuviese el mando— saldrían a recibirlo; y el mal estado en que encontró su Apostadero, en lo que comenzó a desplegar energías que levantaron la enemistad de los acostumbrados a las maniobras de Elío.

Pretendió después quedar tan sólo con Oficiales de confianza, aunque *tendré —decía— muchas dificultades que vencer para obligarlos a que vuelvan a Europa, pues una gran parte tienen aquí muchos intereses y están enlazados con las principales familias del pueblo...* Y solicitó para ello una Real Orden ...pues las órdenes de los jefes causaran disgustos y enemistades que es preciso disminuir en el día y en las de S. M. hay siempre resignación.

Fué dándose cuenta del mal ambiente que iba rodeando a Cisneros, y de cómo la calumnia iba apoderándose de la opinión de la gente pudiente contra Liniers, ya retirado por tierras de Córdoba, en donde, desilusionado, quiso dedicarse a la vida de campo.

Como la Junta de Montevideo fué creada por Elío para independizarse de Liniers y a éste fueron leales los Oficiales de Marina, organizó el Apostadero en Buenos Aires. Cisneros —después de disolver la Junta de Montevideo— reunió a los marinos de nuevo en esta capital; obedeció la Marina inmediatamente y cuando reorganizó Salazar sus fuerzas, apoyándose en ellas, comenzó su acción política en previsión de acontecimientos con juiciosas órdenes que tendían *no a examinar y castigar las faltas anteriores, sino a precaver su continuación y corregirlas.*

La erección de la Regencia, causa *legalista* del Cabildo abierto el 25 de mayo de 1810, que depuso a Cisneros, no cogió desprevenido a Salazar, y cuando se enteró de que un emisario de Buenos Aires trataba de convencer al de Montevideo marchó al Ayuntamiento, le replicó fuertemente y consiguió que el concurso gritase: *júrese la Regencia, salga al momento de aquí el Diputado y no se trate más del reconocimiento de la Junta de Buenos Aires.*

Después, con tropas de Marina, desarmó a las Milicias Urbanas, sin caer en el error de Liniers, y se adueñó de la situación, aunque rehusó el Gobierno superior que le ofrecían.

Salazar tenía buena información en Buenos Aires —tal vez un Oficial de Marina oculto—; por ello sus despachos al Ministro y a la Regencia son certeros.

... desde mi arribo a estos países procuré adquirir conocimientos del modo de pensar de las gentes con respecto a la Madre Patria y me cercioré de los tres partidos que había: el de nuestro Soberano, pequeño; el de la Sra. Infanta D.^a Carlota, reducido a casi cero, y uno fortísimo de la Independencia y al que hubieran sofocado un par de regimientos y el extrañamiento de todo extranjero sin consideración alguna...

Antes, por junio mismo de 1810, había calado ya el verdadero carácter secesionista del movimiento.

...los perturbadores de Buenos Aires —escribió— caminan abiertamente a la Independencia.

Si se nombra a nuestro adorado Monarca es porque conviene acabar de engañar a los pueblos de que defienden sus sagrados derechos...

Y así, cuando un año más tarde interceptó una carta de Viamonte a Saavedra, pudo exclamar:

... ahora verán los mal intencionados si los escandalosos movimientos insurreccionales de la capital son efectos de partidos y manejos de las legítimas autoridades, o de los más decididos deseos por la Independencia (nov. 1811).

Su monarquismo fervoroso lo demuestra en estos curiosos párrafos (1811, número 88).

... este pueblo, en otro tiempo fiel, verdadero español, y que se enternecía al oír el nombre del Soberano, está contagiado de la maldita filosofía moderna, de ésta que enseña que los Reyes no son puestos por Dios; yo quisiera a uno de estos señores filósofos modernos hacerle Gobernador de un pueblo que crea lo contrario, y en el que para dirigirlo por la senda del deber no tendría más que decir: así lo manda el Rey, y después llevarlo a gobernar al pueblo ilustrado en donde persuadiesen de su máxima de que los Reyes no son puestos por Dios, y en el que tendría por precisión que andar con el verdugo detrás para hacerse obedecer y temblando de que, al fin, los gobernados se cansen de su rigor, y vería si es conveniente que los pueblos vivan en errores que contribuyen a su tranquilidad y felicidad o sacarlos de ellos, con un empeño como si el echar a los franceses de España dependiese de esta creencia.

Inflexible, aunque no exento de cordura y tacto, en achaques de disciplina llegó a manifestar, ante el relajamiento que producía el desgobierno de Elío, que:

Jamás lo sufriré, mientras tenga la autoridad en mis manos, y si, por desgracia, se adoptase un sistema opuesto, viviré contento en el último rincón de la tierra antes que vestir un uniforme y subsistir en la carrera militar... (julio 1811).

Y como sus escritos podían parecer excesivamente crudos, su natural leal y patriota le hizo declarar:

... V. E. disculpará mi celo, tal vez excesivo, pero me encuentro lejos del Augusto Congreso de las Cortes Nacionales, lejos de S. A. el Consejo de la Regencia, y ya que no puedo en su Soberana presencia representar los muchos males de estas desgraciadas provincias, justo será que se me permita declamar en la manera que puedo contra sus causas y dar este triste desahogo al dolor de ver cómo se han aumentado los males de nuestra desgraciada Patria, por cuya salvación son todos mis votos al Cielo... (1811. núm. 89).

Desde el punto de vista militar, Salazar comprendió que, al convertirse Montevideo en una "cabeza de playa" había que dominar la mar y, por consiguiente, considerar la suma importancia de las fuerzas navales con las que podría —además de tener seguras las comunicaciones con la Península— incluso bloquear a los insurgentes de Buenos Aires.

Pocas veces hubo armonía entre los Virreyes y Gobernadores Militares y los Jefes de Apostadero, precisamente porque aquéllos no comprendían bien ni la misión ni el empleo de la Marina.

El bloqueo porteño hubo de terminar por la intromisión de los buques de guerra ingleses, que, siguiendo su táctica tradicional, eran aliados nuestros en la Península y se consideraban enemigos en aguas americanas.

Y aunque Salazar dominó las aguas del Plata, incluso destruyendo en Martín García a la escuadra insurgente —combatiendo ambas flotillas aún, por cierto, con la misma bandera española—, pronto las medidas de Elío inutilizaron a la nuestra, al desembarcar a la marinería, pretendiendo incluso que combatiere a caballo.

El nuevo Gobernador Vigodet no supo tampoco apreciar que los buques eran el sostén de Montevideo, y todo se perdió al capitular éste en mayo de 1814 —dimitido y en la Península Salazar— cuando los de Buenos Aires contaban con escuadra propia que nos bloqueaba y batía por la incomprensión de Elío y el abandono de la Patria.

Los papeles ya no pueden aludir al Plata, en donde no nos quedaba nada; pero, de cuando en cuando, traen noticias de corsarios argentinos y más tarde de Artigas.

En 1815, con Salazar de nuevo, tornan las noticias, cuando éste, en el queche *Hiena*, fondeó en Río de Janeiro con la comisión reservadísima de enterarse del estado de las perdidas provincias y de ponerse de acuerdo con la Infanta Carlota; el Ministro de Marina, como el de Estado, reciben de nuevo interesantes datos; pero por poco tiempo: a mediados del año fallecía en la bahía carioca, que pasa por ser la más bella del mundo, el ya Brigadier D. José María Salazar.

Mi buen amigo el Capitán de Fragata Homero Martínez, actual Ministro de Asuntos Exteriores del Uruguay, afirmó no hace mucho:

De no existir Salazar en Montevideo, sin duda los sucesos se hubieran desarrollado como en Buenos Aires, donde no existían fuerzas de Marina adictas al Rey... Acaso, y en primera instancia, debamos agradecer a la Marina destacada en Montevideo, porque la geografía era propicia, el nacimiento de la nacionalidad uruguaya.

Y refiriéndose a los papeles que estudió: *Un copioso material inédito ha quedado sin ser, no digo copiado, ni siquiera notado... Los acervos del Museo Naval y Archivo Bazán pueden aportar elementos valiosos para examinar la Historia americana desde nuevos enfoques.*

La Armada nada podía hacer ya; tres años antes el Ministro del ramo, consternado por la falta de medios y créditos, proclamó en las Cortes: ¡Ya no hay Marina!

Nuestros Oficiales —a quien alguien tildó de cortesanos y ociosos—, abandonados, con varios años de pagas atrasadas, no podían sino morir de hambre con sufrimiento digno y altanero.

El Ejército, y hasta los funcionarios, mal que bien, seguían cobrando sus haberes, mas no la Marina, que carecía de créditos aun para subsistir miserablemente. Y en continuo ayuno, los marinos vieron cómo en las costas americanas, que tanto habían navegado, desaparecía la bandera que cobijaba a todas y que ellos habían defendido tan sin comprensión ni medios.

Que no es exageración cuanto afirmo lo demuestra este patético escrito del Capitán General de El Ferrol al Ministro:

En la mañana del día 7 falleció el Teniente de Navío D. José Lavadores de estenuación en virtud de continuada escasez y hambre, de lo que ha sido testigo todo el Departamento. Al mismo origen se debió la muerte del Capitán de Fragata D. Pedro Quevedo, de que días pasados di parte a V. E.; antes de ayer murió, desnudo y hambriento, un Oficial del Ministerio, y se hallan próximos a lo mismo, postrados en paja, un Capitán de Navío, dos de Fragata, un Comisario y otros muchos de las mas clases que me es doloroso recordar por no afligir demasiado el ánimo de S. M., al que si lo tiene abien se dignará V. E. hacerlo presente, por cuanto presencio podrá repetir a S. M. que no tiene individuos y oficiales más leales; primero perecerán todos y yo, que dejar de llenar nuestro dever y, aun espirando, bendeciremos al Rei nuestro Señor.



Apenas hay alusiones en los papeles que tan de prisa hemos comentado al héroe máximo argentino, San Martín, antiguo Oficial de la fragata *Santa Dorotea*, en el combate de Cabo de San Vicente (1797), y que después de combatir con Alvear por la libertad de España en nuestra Península en la guerra contra Napoleón llegó al Plata en 1812 con éste y Zapiola para pelear por la que era su Patria; pero su renombre no comenzó sino años después, cuando se puso al frente del Ejército de los Andes.

Del segundo, de Alvear, sí que hay noticias; una de ellas, aún inédita, por demás interesante, pues se trata de la correspondencia de un comisionado de Caracas en Londres, aprehendida en la presa de un bergantín inglés con armas para los venezolanos y que trata de logias fundadas por el único hijo criollo que le quedó a D. Diego.



Hace muchos años hube de asistir en Lima a la ceremonia de una ofrenda floral al monumento que hay allí del General San Martín, bello como el que más, aun siendo de América, poseedora de tan magníficas estatuas ecuestres.

Tenía para mí aquel San Martín ecos entrañables de mi adolescencia, porque el enorme pedestal se construyó en Alicante, tras de mi casa; su autor, Mariano Benlliure, venía con frecuencia a almorzar con nosotros y vi crecer poco a poco el monumento y hasta embarcarlo, no sin antes colocarle la estatua en su coronamiento, aunque de escayola pintada, pues no se fundió allí, para ver su efecto total.

Este encuentro limeño con San Martín tuvo para mí, como comprendéis, singular emoción, que nadie podría adivinar, cuando he aquí que, al regresar por la noche al hotel, recibí un anónimo en el que se me preguntaba, ignoro si con buena o mala intención, qué era lo que sentía un Oficial de Marina español en el acto del homenaje al que yo había asistido aquella mañana.

La pregunta no era baladí, porque, en efecto, considerándome yo tan vinculado a los estudios americanistas desde hace más de treinta años y sintiendo

hondo y auténtico fervor por las cosas del Nuevo Mundo, no podía asistir a este linaje de ceremonias con reservas mentales y tan sólo físicamente.

Yo aún no conocía los trabajos y teorías del argentino Levene, del uruguayo Ferreiro, del peruano Belaunde o del chileno Alemparte respecto a las fuentes españolísimas de las ideas que en su natural evolución condujeron a la Independencia de América, sin necesitar el estímulo de lecturas y filosofías extrañas que se conocieron o arribaron cientos de años después de nuestra escolástica y la tradición jurídico-filosófica de Suárez, Rivadeneyra y Saavedra Fajardo.

Pero pensé que el fermento de la Independencia lo llevó el primer español que pisó el Continente; fueron los descubridores y conquistadores, no hombres del Renacimiento, sino de la Edad Media; gentes que sabían de behetrías, de cabildos y hasta de un concepto recio de la democracia. Cabildos —incluso con su modalidad de los *abiertos*— que allí, en el Nuevo Mundo, subsistieron secularmente, de fijo que más enraizados y fuertes que en la Península a través de la política centralista de Austrias y Borbones.

Hernán Cortés, que sólo llevaba orden de descubrir, encantado con la maravillosa tierra que vió, desembarcó y fundó la Villa Rica de la Veracruz, con todos los requilorios legalistas que, como buen hidalgo de gotera, llevaba dentro; tras de esto rindió su bastón para que el Cabildo, apenas erigido, eligiese Capitán General, y, al ser nombrado tal por éste, cuando se le envió un emisario para recriminarle y obligarle a regresar, no repitió la escena de Cisneros, mostrando sus poderes en la tropilla que mandaba, sino que invocó la fuerza legal de una elección en cabildo abierto, sin saber, naturalmente, quién sería Rousseau, Montesquieu o Jefferson, que sólo a fines del siglo XVIII escribirían, respectivamente, el *Contrato Social*, el *Espíritu de las Leyes* o el *Discurso inaugural*.

Actitud que fué la adoptada no por un criollo, sino por un español en el Cabildo abierto del 25 de julio de 1810: el Jefe de Escuadra Ruiz de Huidobro, o por el lealísimo arequipense General Goyeneche, cuando en Montevideo recomendó constituir una Junta al igual que tantas ciudades de la Península.

En lo fundamental todo prosiguió por cauces celtibéricos: pasión, ceguera, espíritu independiente, coraje, vehemencia y... hasta ingratitud, pues casi todos los próceres de la Independencia americana terminaron sus días pobres y con la amargura del ostracismo o la más triste del destierro.

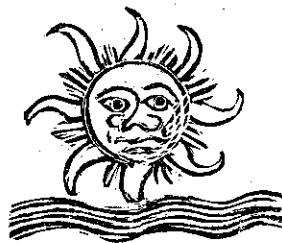
Pero, he aquí que en estos últimos se cierra el ciclo, de manera sorprendente, en regazo español: Rivadavia muere en la mismísima Cádiz..., San Martín, aunque en Francia, fué nuestro banquero Aguado, Marqués de las Marismas, quien lo socorrió en sus últimos días de pobreza; como Bolívar moriría en Santa Marta en casa de otro español, lo que hace recordar los últimos versos de aquel cante salinero por fandango:

*Yo quiero echarte al olvido
y no te puedo olvidar;
el pájaro, si está herido,
vuelve siempre hacia el lugar
donde tuvo el primer nido.*

Y hasta el propio Alvear no rompió con su padre ni hermanastros, sino que envió a Montilla a la casa solariega de sus mayores a su primogénito...

Por todo esto podemos asociar en estas conmemoraciones el triunfo exclusivo de lo español como linaje; y esto es lo que yo siento al participar en ellas, celebrando gozoso el no tener que sufrir el sonrojo de decir palabras o colocar coronas en América ante monumentos de gentes ajenas a mi sangre española.

Pero en mis palabras o en mis flores, naturalmente, siempre existe el recuerdo o la siempreviva en memoria de todos aquellos a quienes la Providencia les hizo representar, también gloriosamente, el amargo papel de vencidos defendiendo la bandera de lo que aún es y será la España inmortal, madre de naciones, y en este caso de la Argentina, honrando el mismo uniforme mío.



NOTAS

(1) La lista completa de los criollos que ingresaron en la Real Armada como Guardias Marinas es como sigue:

ARGENTINOS: Francisco (1793) y Santiago ALDAO (1800); Juan ASCO (1798); José AZCUÉNAGA (1780); Manuel Blanco Encalada (1807); Fernando ECHEVARRÍA (1800); Matías IRIGOYEN (1798); Juan (1772) y Manuel LASALA (1782); Benito LYNCH (1808); José (1802) y Felipe MÁRQUEZ DE LA PLATA (1804); Francisco J. (1784) y Mariano de Mendinueta (1779); Miguel (1785) y José MILLAU (1790); Ramón PIEDRA (1800); Hilarión y Martín Quintana (1791); Martín TOMPSON (1800); Manuel (1788) y José VIAL (1795); Martín WARNES (1804) y José ZAPIOLA (1799).

URUGUAYOS: Miguel MERLY (1793); Tomás SOSTOA (1805) y Francisco VIANA (1795).

COLOMBIANOS: Pedro (1780) y Domingo AGAR (1786); Manuel ARÉVALO (1787); Bernardo BERTODANO (1748); Nicolás (1797) y Rafael del CASTILLO (1800); Antonio del CAMPO (1777); José GIRÓN (1767); Simón de HERRERA (1721); Manuel de IRIARTE (1787); Luis LASQUETTI (1787); Bartolomé (1793) y Adrián MORQUECHO (1791); Juan J. NARVÁEZ (1758); Pedro de OLEA (1785); José RASINES (1775); Francisco TORO (1809); Andrés (1777); Pedro de VALENCIA (1781) y José VIVERO (1790).

CHILENOS: José de ACOSTA (1783); José de la CUESTA LECLER (1799); Isidoro GARCÍA DEL POSTIGO (1797); Eusebio de HERRERA (1774); Francisco de la LASTRA (1793).

ECUATORIANOS: Nuño de la CUEVA (1788); José Mariano de NAVA (1770); Melchor NIETO POLO (1792); Antonio de VILLAVICENCIO (1792).

PERUANOS: Ambrosio (1800) y Dionisio CERDÁN ENCALADA (1795); José de la BODEGA Y QUADRA (1762); José y Juan CÁGIGAS (1791); Pedro CENTENO (1760); Francisco DELGADO (1786); Francisco GUIASOLA (1775); Joaquín LAFITA (1782); Gaspar ORBE (1785); Domingo PÁEZ JARAMILLO (1799); Juan PASQUAL AYETA (1789); Fernando del PIÉLAGO (1797); Rosendo PORLIER (1786); Tadeo TAGLE (1762); Dionisio UCHO (1776); Pedro J. de URBICAIM (1774); José de URIARTE Y BORJA (1773); Antonio (1795), Pedro (1794) y Pedro J. VÁZQUEZ DE VELASCO (1789).

BOLIVIANOS: Juan N. CEBALLOS (1806); Francisco (1782) y Vicente LAFITA (1785), y Mariano PINO (1810).

MEJICANOS: Ignacio ALVARADO (1718); Antonio de ANDRADE (1781); Antonio (1775) y José ASTECONA (1776); José BAYO (1795); Juan A. del CAMINO (1740); Manuel COMPAINS (1795); Luis ESQUIVEL (1791); Francisco GIL SÁENZ DE SANTAMARÍA (1776); Francisco (1727) y Pedro LÓPEZ DE COTILLA (1730); José LUYANDO (1788); Juan José (1806) y Juan MAJUTE (1813); José PALACIOS LÓPEZ DE CANGAS (1754); Rafael QUE-SADA ARANGO (1800); Pedro A. RIVERA (1717); José M.^a SANZ (1781); Juan de SES-MA (1800).

GUATEMALTECOS: Manuel y Ramón BAÑUELOS (1803); Mariano PINDA (1768); Bonifacio (1797), José M.^a y Manuel M.^a de TOSTA (1806); Miguel MANRIQUE DE LARA (1760).

DOMINICANOS: José D. de la ROCHA (1743); Estanislao (1787) y Joaquín SOLANO (1779).

CUBANOS: José DÍAZ PIMIENTA (1804); Esteban ESTRADA (1791); Rafael (1804); Dionisio y Francisco GUIRAL (1805); Ambrosio HURTADO DE MENDOZA (1778); José JIMÉNEZ DE GUZMÁN (1778); Francisco, Joaquín J. (1803) y Joaquín JIMÉNEZ DE GUZMÁN (1809); Manuel de LLANO (1809); Miguel MALLÉN (1818); José (1793) y Domingo

MATIENZO (1794); Nicolás de MAYORGA (1792); Agustín (1786), Casimiro (1788) y José MONTALVO (1793); José y Mateo MOZO (1804); Juan J. NÚÑEZ DEL CASTILLO (1752); Manuel O'CAROL (1793); Bruno (1773), Miguel (1775) y Luis PALACIOS RUIZ (1775); Andrés PERLER (1771); José PILÓN (1800); Santiago, José (1795), Francisco, Alejo (1800), Julio (1803) y Simeón PONCE DE LEÓN (1804); Juan PRESENTE (1773); José del Río ELIGIO (1803); José (1794) y Gabriel SEQUEIRA ACOSTA (1803); Diego (1787), Ramón (1797) y José SOTOLONGO (1799); Francisco TORRES (1774); Félix (1789), Rufino (1792), Manuel (1794) y Juan de TORRONTÉGUI (1800); Francisco TORRONTÉGUI y TORRONTÉGUI (1789); Ignacio de UGARTE (1780); José VASALLO (1780); José y Manuel de VILLENA y PORLIER (1793); Francisco ZAPATA (1784), y Felipe, Francisco (1797) y Joaquín de ZAYAS (1800).

VENEZOLANOS: Luis BLANCO (1788); Lino y Mariano CLEMENTE (1786); Juan y Tomás de FRANCIA (1795); Norberto (1783), Juan (1786), Francisco (1791) y Jaime MICHELENA (1797); Juan MILLARES (1799); Francisco MOJICA ARANGUREN (1804); José Antonio y Juan Antonio MOZO DE LA TORRE (1735); Martín de OLAVIDE (1784).

PORTORRIQUEÑOS: José LÓPEZ (1786); José PASALAGUA (1796); Ramón POWER (1792); José M.^a SANTA CRUZ (1786); Federico SANTIAGO (1832); Francisco TORRALBO (1797).

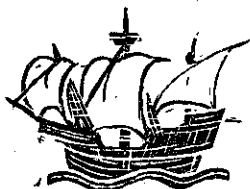
FILIPINOS: José M.^a (1788) y Félix ANDRADE (1793); Juan de la COLINA (1775); Felipe ROYO (1790); José (1789) y Francisco TOVÍAS (1795).

(2) Así, antes de la revolución ingresaron: Teodato BONNEFOI DE BRETAGVILLE (1789); Francisco (1732) y Adrián CAUDRON DE CANTIN (1734); Francisco CORDEIL (1743); Máximo DU BUCHET (1740); Alejo DU BOULAY (1728); Marcos FONGUION (1761); Luis HERBIFUX (1727); Lorenzo LARRALDE DURTUBIE (1779); Arduiro NANIN (1728); Felipe ROBILIER (1741); Juan ROMANET (1775).

(3) Ingresaron el 15 de agosto de 1719; se llamaron: Ivan Alexeef, Pedro Kasgin, Basilio Llatichof, Antonio Tolbuin, Pedro Lorohof, Alexis Boloselschi, Timoteo Scherbator, Esteban Cononmishin, Simón Dubrouschin, Iván Abrutin, Andrés Suxotin, Iván Cucharin, Iván y Pedro Sinovief, Jacobo Vascorlef, Efimio Sirmarmanof, Esteban Sippilof, Iván Kaysarof, Iván Nepluf, Iván Ziricof, Iván Aniscof y Basilio Filisoff.

(4) Como muestra de los ingleses: Tomás FIU KERSON (1718), es decir, al año de haberse creado la Real Compañía de Guardias Marinas; Eduardo GOVGH QUILTY (1793); Patricio SANSFIELD, hijo del CONDE DE KILMALLOCK (1760), y Patricio TERRY (1754).

(5) Se podría añadir también al Capitán General de la Armada el Bailío Fr. D. Francisco Gil de Taboada y Lemos, Vicepresidente de la Junta que se formó (1808) al marchar Fernando VII a Bayona y a quien el Infante D. Antonio le entregó los poderes con un billete en que rezaba: *Señor don Gil: Ahí queda eso. ¡Dios nos la depare buena!*



Separata de la
REVISTA G. DE MARINA
(Mayo - junio 1960)